El Mirador



Punto Rojo Libros
www.puntorojolibros.com

El Mirador
Pedro Antonio Luque Domínguez

Editado por:
PUNTO ROJO LIBROS, S.L.
Cuesta del Rosario, 8
Sevilla 41004
España
902.918.997
info@puntorojolibros.com

Impreso en España
ISBN: 978-84-16513-85-7

Maquetación, diseño y producción: Punto Rojo Libros
© 2015 **Pedro Antonio Luque Domínguez**
© 2015 Punto Rojo Libros, de esta edición

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamos públicos.

Pedro Antonio Luque Domínguez

El Mirador

Índice

Agradecimientos 9

Presentando la obra 11

Comenzando.....15

La Primera Parte. Los momentos vividos 21

Segunda Parte San Bernardo y las charlas de la Buhaira ... 171

A modo de despedida 297

Agradecimientos

Citar a todas las personas que a lo largo de la vida he conocido y que me han dejado algún tipo de huella resulta una tarea bastante difícil. No es lo que pretendo aquí. Sin embargo, sí es justo reconocer que de alguna forma, y en algún momento, me han ayudado y hemos compartido muchos momentos. Es la razón por la que a todos ellos quiero hacerles extensivo este agradecimiento. Sin embargo, me siento obligado a citar a las personas que tuvieron una influencia muy determinante en el transcurso de los años. La vida es el camino que tomamos y en los acontecimientos que se han ido desencadenando a lo largo de esa ruta esas personas han tenido un papel determinante.

Por esa razón tengo que citar en primer lugar a mis padres, Francisco y Rosa. Ellos me trajeron a este mundo y me ayudaron a buscar mi propio camino. A ellos les debo mi existencia y para ellos van mis mayores muestras de agradecimiento por sus enseñanzas y ejemplo. Por extensión, tengo que citar a mis hermanos, Paca, Lupe, Rosa y Paco, especialmente por los felices momentos compartidos a lo largo de nuestra infancia.

Sin embargo, el ciclo se completa al crear la propia familia. Si bien lo que somos se lo debemos al legado de

nuestros padres, en el seno de nuestra familia está nuestro presente y un futuro que se extiende en el tiempo gracias a las nuevas generaciones. Muestro, pues, mi agradecimiento a mi esposa Julia, a mis hijas, Julia y Ana, y a mis nietos, Ana Lucía, Daniel y Marcos.

Aunque a otro nivel, no puedo olvidarme tampoco de aquellos amigos que siempre mostraron su lealtad y para los que la distancia no es el olvido. El destino marca a cada uno su camino pero los recuerdos permanecen. Agradecimiento por los momentos compartidos.

Y para terminar, me siento obligado a citar aquellas criaturas que si bien no podemos darle el calificativo de humanas, nos han dado contantes lecciones de fidelidad y nobleza. Son los animales de compañía, que ocuparán una parte importante en estos relatos.

Todos y cada uno de ellos se convierten en personajes de estos relatos. El paso del tiempo no perdona pero los recuerdos permanecen.

Presentando la obra

En esta autografía que tengo entre las manos mi amigo y autor de la misma, Pedro Antonio, nos ofrece una visión cronológica del tiempo que lleva vivido. La vida es un oficio que se aprende. Escribirla es transmitirle a los demás parte de quién es uno, porque uno es su propia escritura.

Hace el autor un minucioso recorrido por todas las etapas del ciclo vital, explicando con maestría las vicisitudes ocurridas en todas y cada una de ellas. Es interesante la descripción que nos hace del mundo de la niñez, donde nos descubre con detalle los usos y costumbres de la época en el pueblo de Hinojos, así como la exposición de las indicaciones, consejos y comentarios de sus padres. Igualmente suscita nostalgia al describir y explicar los juegos de la infancia que hoy en día han caído en el olvido.

Me ha llamado especialmente la atención la sencillez y naturalidad con que describe la naturaleza que le circunda, descubriendo el alma ecologista que lleva dentro. Como era normal en la época, los niños salían al campo a cazar con trampas, pero más tarde piensa que aquello que hacían era una barbaridad. O bien cuando después de cazar un pájaro de un tiro de escopeta se promete a

sí mismo no volver a empuñar un arma de fuego en su vida.

Por otro lado, nos pone de manifiesto la importancia que tienen los padres como modelos identitarios para sus hijos. Son los padres con su conducta, trayectoria y ejemplo la primera referencia para los hijos. No deja de ser significativo que todos los hermanos elijan carrera relacionadas con la profesión de los padres —médico y maestra respectivamente—. Después de la lectura creo que el autor ha llegado a ser quién es en razón de los padres. Ahí se encuentran los principios fundamentales en que se apoya todo su edificio personal.

Nos habla también de las relaciones de amistad en la adultez. La familia viene impuesta por la genética, pero a los amigos los elegimos. La amistad es un sentimiento que da una importante dimensión social a nuestra vida. Nos ayuda a llevar una mejor existencia, tanto en el trabajo como en la vida cotidiana. Creemos que no deben ser muchos, pues los amigos son falsos cuando forman una multitud. Ello hace que nos llevemos algún que otro desengaño.

Dice Pedro Antonio que "hay muchos momentos en nuestra vida que marcan un antes y un después". Este momento lo identifica con la jubilación —o más bien la prejubilación—. Efectivamente, el relato que nos hace de esta etapa reboza libertad. Aunque no lo explique diríamos que reboza también felicidad. El mismo autor nos dice que el ejercicio de la libertad "le permitió guardar con cariño los buenos recuerdos". Aquí está el "quid" de

la felicidad. Ha dado sentido a su vida. Olvida lo malo y solo recuerda lo bueno, lo que le hace feliz.

En esta etapa de "júbilo" son muy interesantes las conversaciones que nos narra con los amigos del parque en el que confluyen con motivo de sacar a pasear a los perros, dialogando sobre lo divino y lo humano. No voy a entrar en detalle, pero sí señalar que Pedro no ha pasado de una "vida activa" a una "etapa pasiva", sino que la jubilación le ha supuesto un renacimiento hacia la acción. Lo que hoy denominamos como envejecimiento activo, que no quiere decir activismo. Como nos señala Hannah Arendt, no tiene por qué haber contradicción entre vida activa y vida contemplativa. Un buen plan de vida exige que se pase de la vida activa a la contemplativa porque supone —como ha hecho Pedro Antonio— llevar a cabo una reflexión sobre la etapa anterior.

Para finalizar, tan solo añadir que a mí me ha resultado un libro de introspección, que a su vez sirve para que el lector reflexione sobre sí mismo. La lectura también me ha servido para conocer mejor a la persona. El libro da pautas y señala caminos para enfocar el envejecimiento conforme a la personalidad de cada uno. Recomiendo, pues, su lectura y que cada uno saque sus propias conclusiones.

J. Luis Malagón B.

Comenzando

Acabo de iniciar una nueva etapa en mi vida, la jubilación. He pensado que es un buen momento para ojear página a página el álbum de mi existencia, como si se tratara de una secuencia fotográfica. Un recordatorio, tratando de hilar cada momento, dando forma a la historia vivida. Es como si subiera a un mirador, disfrutando de una vista panorámica desde la que puedo observar, en la distancia, todo lo acontecido en mi vida a lo largo de los años. El hecho de querer dejar constancia por escrito responde a diversos motivos. Por un lado, me proporciona una fuerza que mantiene mi mente activa reflexionando y memorizando los acontecimientos vividos. Al mismo tiempo es un buen momento para hacer balance, hilando los hechos acaecidos en una secuencia encadenada: pasado, presente y futuro. El recuerdo de un pasado vivido, de las oportunidades surgidas y de los aciertos y errores cometidos en las decisiones. De un presente con sus luces y sombras, con su carga de nostalgia, y de un futuro incierto y a la vez predecible que guarda un significado especial para las personas mayores de edad. Podemos ver la botella medio llena o medio vacía, pero cuando ya estamos metidos en la edad de jubilación el pensamiento más fácil que nos domina es que el líquido se está acabando. Bueno, es cuestión de

sumar o de restar el tiempo que nos queda por vivir. Restamos cuando solo pensamos en lo inevitable, en el tiempo que nos queda. Pero la verdad es que quien teme la muerte no goza la vida. No podemos limitarnos a contemplar las hojas que nos quedan en nuestro almanaque, arrancándolas una a una hasta el final. Tenemos que dar un significado, un sentido a cada momento vivido y la jubilación no puede ser una excepción.

Al enfrentarme a mi propio pasado, reviviendo cada instante, llego a comprender hasta qué punto lo que somos es fruto de todas esas circunstancias vividas. Muchas veces me he hecho la misma pregunta, ¿somos fruto del azar o del destino? Creo que en el fondo se trata de la misma cosa. Nuestra vida es el resultado de ese juego de circunstancias que se entrecruzan y nos marcan un camino entre otros muchos posibles. Obligados a elegir, somos frutos, como ya he indicado, de las oportunidades que se nos presentan y de los aciertos y errores que acumulamos en las decisiones durante el transcurso de nuestra existencia.

Es verdad que envejecemos cuando nuestros recuerdos superan nuestros proyectos. Pero yo diría que se trata de una verdad a medias porque el hecho de revivir esos recuerdos puede ser motivo para un buen proyecto atreviéndonos a sacar a la luz esas vivencias, haciendo un recorrido por los hechos más significativos que han conformado nuestra existencia.Ya no somos lo que fuimos pero con los compases de la vida se gana en experiencia. Se suele decir que no hay calvo que antes no haya tenido buen pelo. Si bien es cierto que la edad no perdona, sólo nos queda esperar que el paso de los

años nos respete y nos permita mantener el tipo con cierta lucidez y soltura.

En este texto, presentaré mis relatos agrupados en dos grandes apartados. En una primera parte, hablaré de forma sucesiva de los momentos vividos. Desde esta perspectiva, el mirador me permite ver en la lejanía la sucesión de diversos acontecimientos que marcaron mi camino en mi peregrinaje por este mundo.

Empezaré con una breve semblanza de las distintas etapas vividas hasta llegar al momento actual de la jubilación. Recorreré algunos de los hechos más significativos de cada momento. Me detendré especialmente en el período de la infancia por los entrañables recuerdos que guardo por las vivencias compartidas con mis hermanos y amigos allegados. Vivencias que tuvieron lugar en un medio rural andaluz con un significado especial por su relación con el entorno y en contacto directo con la naturaleza. El tránsito de la adolescencia a la juventud en un marco de relaciones sociales, especialmente las amistosas, basadas en la cercanía, espontaneidad y su importante carga afectiva. El significativo cambio que supuso el salto a la universidad, abandonando el confortable ambiente familiar. El paso de estudiante a profesor para aterrizar, al final de este recorrido, en el club de los jubilados. Será esta mirada de jubilado, a manera de espejo retrovisor, el hilo conductor de estas reflexiones.

En la segunda parte cambiaré de escenario y el mirador lo situaré en el barrio de San Bernardo de Sevilla, mi lugar de residencia actual, y más concretamente, en el Parque de la Buhaira, que se convertirá en un espacio

de nuevas andaduras. Los relatos que presento aquí toman como punto de partida la existencia de un grupo de vecinos —ya jubilados— que frecuentamos el parque acompañados de nuestros perros y que gracias a la presencia de estos animales trabamos una estrecha amistad. Ambos, perros y dueños, se convierten en los protagonistas principales de esta serie de relatos. En los ratos de paseo por el parque y en el transcurso de las tertulias que forma el grupo se pasa revista a los distintos acontecimientos que ocurren en la cotidianidad de nuestras vidas. Desde observaciones más directas sobre los diversos personajes que aparecen por el parque así como miradas más amplias sobre hechos o acontecimientos de nuestro país. Así damos un repaso, entre otros, al mundo de los políticos, el fenómeno de la crisis, la familia, la amistad y la educación.

Con esa mirada desenfadada propia de los jubilados hurgamos en los distintos rincones de nuestra sociedad con una ojeada bastante crítica. A sabiendas de que no arreglamos nada pero no importa. Quizás porque lo que realmente nos ha interesado es sacar el lado más humorístico —o cómico— de los acontecimientos vividos. Tal y como están las cosas, es mejor echar mano de una pizca de humor y no tomarse la vida tan en serio.

Ya sé que estas vivencias no tienen nada de extraordinario, en ningún momento he pretendido que lo fuera. Solo que a través de estas páginas he preferido contarlas para sacarlas del anonimato y así poder compartirlas. Hablando de posibles lectores tengo que poner a mis nietos en un lugar privilegiado. Al escribir estas líneas quiero dejarles un testimonio escrito que perdure en el

tiempo más allá del final de mi camino. Creo que es el mejor regalo que como abuelo puedo hacerles. Darles a conocer cómo vivió su abuelo, sus experiencias vividas, cómo era su mundo para así poder comparar, valorar y comprender mejor el momento que les ha tocado vivir.

En algunos casos puede que alguien encuentre similitudes con experiencias análogas vividas o simplemente porque encuentre ideas y sugerencias que le puedan resultar de alguna utilidad. En cualquier caso, si la lectura resulta entretenida, ya podría darme por satisfecho.

LA PRIMERA PARTE.
LOS MOMENTOS VIVIDOS



EL MUNICIPIO DE HINOJOS. BREVE RESEÑA HISTÓRICA

Nací en el año 1946 en Hinojos, un municipio de la provincia de Huelva. Se encuentra situado en el extremo sudoriental de la provincia, a caballo entre las comarcas del Condado y la costa onubense, estando limítrofe con la provincia de Sevilla. Distintas fuentes aseguran que existió un poblamiento romano denominado Omnium sobre el que más tarde se establecería un asentamiento árabe.

Hinojos, en tiempos de la reconquista, como otras poblaciones, quedó despoblado y se repobló con almozárabes y castellanos. Podemos decir que ambos constituyeron la base de la población de los actuales habitantes. Desde Alfonso X en adelante distintos reyes han visitado la villa. Es el caso del puente conocido como la "Pasada del Rey" en recuerdo de una célebre visita de los Reyes Católicos a estas tierras. Será en el siglo XVIII, con la desamortización de Mendizábal, cuando se sientan las bases del Hinojos actual. Hoy día, estos hermosos parajes de la Tierra Llana de Huelva, pertenecen a la comarca natural de El Condado. Sus bosques son ricos en caza desde tiempos ancestrales por lo que la visitas de los monarcas se hacían frecuentes, no tanto en el pueblo como en su término, como es el caso del Palacio Real.

Sobre la etimología de su nombre existen dos versiones. Una de ellas alude a la abundancia de una planta aromática y medicinal (hinojo) existente en su término.

También existe una leyenda según la cual el Rey Alfonso X el Sabio, al pasar por el pueblo después de una batalla reñida contra las huestes de su hijo Sancho, se postró de hinojos (de rodillas) ante la patrona, la Virgen del Valle, para dar gracias por la victoria alcanzada. A raíz de este episodio se atribuiría el nombre a la localidad. La verdad es que esta última versión parece ser más sentimental, aunque parece ser mucho más verosímil la primera versión.

En su patrimonio hay que destacar una serie de templos que constituyen la base de sus eventos religiosos más relevantes. Tales son los casos de la iglesia parroquial de Santiago el Mayor y de las ermitas de la Virgen del Valle y Nuestra Señora de la Soledad.

La Iglesia Parroquial de Santiago el Mayor, de estilo gótico-mudéjar, fue construida por los cristianos sobre restos visigodos y musulmanes a principios del siglo XV. Tiene forma de basílica con techo de madera a dos aguas destacando de ella su portada de estilo ojival con un arco apuntado Un aspecto especial que llama la atención es la existencia de un torreón defensivo que le da cierto aspecto de fortaleza militar. Detrás del retablo mayor se encuentran unos frescos que representan al apóstol Santiago aludiendo a su intervención milagrosa en la batalla de Clavijo. La Iglesia ha sido declarada Bien de Interés Cultural con la categoría de Monumento. En su interior alberga imágenes tan importantes como un Niño Dios del imaginero Martínez Montañés y un Cristo atado a la columna que antiguamente perteneció a la Hermandad de las Cigarreras de Sevilla. Asimismo hay

que citar la presencia de una imagen de la Virgen del Rosario junto al altar mayor.

La ermita de la Virgen del Valle estuvo dedicada originalmente a San Sebastián. Su imagen procesionaba en aquellos oscuros años de principios del XVI como benefactor en las frecuentes pestes y epidemias que asolaron toda Europa. Se invocaba a la imagen para proteger a los habitantes de los posibles contagios que pudieran provenir de los viajeros que se acercaban a la villa. En dicha ermita se encuentran estandartes depositados por el rey Alfonso X y es el lugar donde actualmente se alojan las imágenes de la Virgen del Valle, patrona de Hinojos, la Virgen de la Esperanza y el Cristo de la Veracruz.

El edificio de la ermita de la Virgen de la Soledad es del siglo XVIII. Inicialmente se erigió por los Caballeros de la Orden de Santiago para servir de hospital y albergue de peregrinos y mendigos, lo que justifica su estructura formada a base de una nave alta sin columnas de soporte. Hoy alberga las imágenes de Nuestra Señora de la Soledad, el Cristo Resucitado, Santa María Magdalena y el Santo Sepulcro. Asimismo, las paredes están decoradas con una obra pictórica del autor local Juan Romero de la Rosa.

Este breve relato monumental quedaría incompleto si no hiciera mención a un rincón típico del pueblo como es el caso de El Cerrillo. Este barrio nos evoca el tópico andaluz de casas blancas, rodeadas de naranjos, engalanadas de múltiples macetas, llenando el paisaje de luz y colorido. En él se celebran las tradicionales Cruces de Mayo.



El Cerrillo. Col. Diego Sánchez

Según el INE, en el año 2014 el pueblo de Hinojos contaba con una población de 3.919 habitantes. Su economía se basa en la explotación agrícola y ganadera destacando el verdeo de aceituna de mesa como actividad fundamental. La superficie de su término es de 319 km2, constituyendo su mayor parte territorio de marismas. Aparece incluida en la Reserva Natural del Parque de Doñana, la más grande de Europa, declarada Reserva de la Biosfera y Patrimonio de la Humanidad. Estas marismas tienen un gran valor ecológico por ser lugar de cría del lince ibérico y ser lugar de paso de cientos de miles de aves migratorias. En invierno se refugian allí en su largo peregrinar procedentes de los países del norte de Europa como, por ejemplo, los ánsares y las grullas. No podemos olvidarnos tampoco del importante bosque de pinos que rodea a esta población que ofrece por cada

una de sus calles el semblante típico de los pueblos blancos andaluces y, qué duda cabe, supone un importante recurso económico para el pueblo. Pinares y marismas son testigos todos los años, en el mes de Junio, del paso de miles de peregrinos a caballos y carretas en su marcha al santuario de la Virgen del Rocío.

Por último, creo necesario hacer una breve mención a la gastronomía típica del pueblo. Son muy conocidos en toda la comarca los asadores de carnes a la brasa. También hay que destacar los guisos tales como los cocidos, sopas de marismas, las calderetas y las poleás. En cuanto a la repostería, hay que señalar principalmente la que se realiza durante la festividad de Semana Santa tales como las rositas de miel, las tortas de hornazo, los pestiños, repapilas y torrijas. De algunas de ellas haré mención más adelante. Puedo dar fe de la fiesta que montábamos los hermanos ayudando a nuestra madre en la elaboración de algunos de estos dulces. Entonces existía mucha tradición de hacerlos en casa. Afortunadamente, en la actualidad, se sigue manteniendo en muchos hogares.

UN RECORRIDO POR LA INFANCIA

Mi padre, Francisco Luque Muriel, ejerció en el pueblo la carrera de médico durante cuarenta años y murió a la edad de noventa y cuatro años. Mi madre, Rosa Domínguez Rodríguez, de profesión maestra nacional, vió interrumpido el ejercicio de su profesión cuando estalló la guerra civil, reincorporándose, años después de acabado el conflicto, con todos los cursillistas del año 1936. Murió a la edad de ochenta y un años. Si tuviera que plasmar brevemente los valores que mis padres me inculcaron diría de mi padre que fue el sentido de la responsabilidad y el amor al trabajo y de mi madre el valor del afecto, el cariño y la generosidad.

En fin, fuimos la típica familia de un médico rural casado con una maestra del pueblo. El destino les llevó a ese pueblo a ejercer sus respectivas profesiones y a crear una familia. Soy el tercero de cinco hermanos, dos varones y tres mujeres. Excepto la hermana mayor que nació en Sevilla, todos los demás hermanos nacimos en el pueblo, asistiendo a los partos mi propio padre ayudado por una matrona.

Nuestra primera vivienda fue una amplia casa que mis padres alquilaron allá por los años cuarenta en la calle Santiago, en el centro del pueblo. Recuerdo con todo lujo de detalles cada rincón de esa casa por los entrañables recuerdos que conservo de ella. Se entraba por un zaguán, seguía un amplio comedor, la cocina y un largo pasillo que daba al patio central. En los arriates del patio

había diferentes plantas como geranios, buganvillas y damas de noche. A continuación del patio existía un cobertizo con una pequeña cocina en donde cocinaban la dueña de la casa, mamá Inés y su criada, la chacha Manola, como así las llamábamos. Al lado, en un rincón, tenían una pequeña chimenea que utilizaban, en ocasiones, para cocinar y calentarse en invierno.

Al fondo de la casa existía un amplio corral, que como ya comentaré, fue uno de nuestros lugares preferidos de juegos y travesuras. Todas las habitaciones, excepto la de mis padres que se encontraba en la planta baja, se ubicaban en la planta alta. Recuerdo el suelo de madera, cómo crujía con nuestras pisadas camino de nuestras camas. Junto a la escalera con sus barandas de madera estaba el interruptor de la luz, de cerámica. Dada la distancia a la que se encontraba de las camas, teníamos que hacer turnos obligados porque a ningún hermano le hacía mucha gracia darle al interruptor para volver a oscuras a la cama. En el fondo existía un cobertizo bastante oscuro que más de una vez nos servía de escondite en nuestros juegos. Algunos tablones del suelo, desenclavados, nos permitía expiar lo que ocurría abajo.

En la planta baja tenía mi padre una doble habitación en donde guardaba sus expedientes y libros de medicina y al fondo, un pequeño laboratorio con ventana al patio en el que realizaba los análisis clínicos de los enfermos. Allí tenía también sus estanterías en las que depositaba el instrumental y muestras de medicina que le entregaban los visitadores médicos. Alguna que otra vez me acercaba al laboratorio a escondidas a husmear los trabajos de mi padre mirando por el microscopio.

El agua corriente no llegó al pueblo hasta finales de los años cincuenta. El ayuntamiento sólo puso un grifo detrás de cada puerta. Con el tiempo, cada vecino, según sus posibilidades económicas, ampliaría la grifería de la casa. Hasta entonces transportábamos el agua con cántaros desde la calle de la fuente situada cerca de la iglesia parroquial. El agua se almacenaba en una tinaja con tapadera y se iba sacando para los distintos usos. Cuando en el pueblo se hicieron las obras de canalización de los residuos y del agua corriente, se levantaron las calles y suelo de las viviendas lo que fue todo un espectáculo para nosotros. Recuerdo esas grandes zanjas por las calles para poner las cañerías y el momento en que levantaron el suelo de mi casa para poner las tuberías. Estas nuevas instalaciones supusieron un cambio radical en la higiene de las casas. Especialmente cuando se llegó a instalar la grifería en la cocina y la construcción de los cuartos de baño. Con anterioridad, el desagüe de las aguas fecales iba a un pozo ciego —llamado así por estar tapado— que estaba bajo el patio de la casa. Esta situación condicionaba también la higiene corporal. El mecanismo de la ducha consistía en un cubo colgado de la pared de un cuartito, descubierto por arriba donde se echaba el agua con ayuda de un cubo. En la base tenía una alcachofa con una llave de paso que permitía abrir y cerrar el paso del agua. El jabón que se utilizaba era de la marca Lagarto bastante duro que se frotaba con fuerza en la piel para que soltara espuma. Este jabón, de colores verdoso y amarillo, se hizo muy popular en España durante el siglo XX.

En este punto tengo que hacer especial mención a las condiciones higiénicas de aquellos momentos. Durante nuestra infancia no existían los frigoríficos en las casas. Los alimentos que necesitaban refrigeración se guardaban en neveras grandes, sin congelador, aunque no todo el mundo podía permitirse el lujo de tenerlas. A falta de neveras en casa, muchos vecinos guardaban la fruta- uva, sandías, melones-, los tomates y el vino metidos en una canasta y sumergidos en el pozo con la ayuda de una soga. Los que disponíamos de neveras acudíamos a la fábrica de hielo del pueblo a comprar el hielo en bloques que una vez troceados se llenaba con los alimentos. El problema es que el hielo se derretía rápidamente y era necesario reponerlo con mucha frecuencia. En la fábrica vendían también los polos helados que sólo contenían hielo, azúcar y colorantes. Como es de suponer, las visitas de los niños a la fábrica eran bastante frecuentes en los días de calor. Como he dicho, las familias que no podían permitirse las neveras solucionaban en parte el problema porque las casas solían ser bastante frescas. En la parte alta existían los típicos soberaos que concentraban el calor de los techos y permitían un mayor frescor en las plantas bajas. Además, las casas tenían la ventaja de disponer de amplios muros que refrescaban los interiores. De esta forma, los alimentos, dentro de ciertos límites, podían guardarse en la alacena de la cocina. También hay que decir que esos soberaos servían además de almacén de frutas tales como la uva y los melones, así como los tomates de pera y los melones. Se conservaban suspendidos de las vigas del techo